

aire, convengo que no daría una gran velocidad inicial en un calibre tan minúsculo; pero un fusil eléctrico pudiera muy bien resolver el problema.

Gonzaga hizo con la cabeza un movimiento negativo.

—Cuando Edison comenzó á asombrar al mundo con sus maravillas—dijo con el orgullo de quien lleva en el cerebro una enciclopedia—, comenzamos todos á acariciar la idea del fusil eléctrico. Pronto supimos que no era nueva esta concepción fantástica, cuya aplicación, según Greener, tendrá lugar en un muy lejano porvenir, cuando el neozelandés de Macaulay visite las islas británicas. Ya en 1867 un barón francés hizo modelos de fusiles, en los cuales una batería de bicromato de potasa, mediante una bobina de inducción, hacía vibrar un pequeño imán; pero toda esta maquinaria no se proponía sino producir la inflamación del cartucho lleno de pólvora común y, por consiguiente, era innecesario. En cuanto á suprimir el explosivo, produciendo una propulsión repentina y brusca, sigue siendo un sueño, porque la electricidad dinámica, haciendo girar un electroimán en presencia de un hierro dulce, produce energías incalculables, pero no tan súbitas como ello fuera menester.

—Señor Gonzaga—dijo Fernando, en cuyos ojos resplandecía un fulgor victorioso—. Doy á usted gracias por su preciosa información, que es una verdadera conferencia técnica. A pesar de todo, me veo obligado á creer en un arma misteriosa que no produce ruido, y cuyo proyectil, cuya bala fría, llamémosla así, es capaz de pasar á un hombre de parte á parte, sin otro calibre que el de dos milímetros.

—¿Y ese proyectil?...—balbució el armero, confuso.

—Ese proyectil—exclamó el magistrado con aire de triunfo—los médicos lo han encontrado ayer en el muslo de una nueva víctima, intacto, sin señal de haber yacido en cápsula alguna. Y ese proyectil, que usted no conoce—pronunció con regocijo inmenso—, helo aquí.

Diciendo esto, depositó sobre la mesa un proyectil, bruñido, luciente, que el artífice contempló asombrado.

Era una bala diminuta. No se trataba de un proyectil de forma cilíndrico-cónica, lo que se llama un *picket* ojival. Su forma tampoco era análoga á la Martini Henry.

Era sencillamente una esfera perfecta, limpia y bruñida, que no mediría mucho más de dos milímetros de diámetro. Al verla, Gonzaga palideció.

—¿Qué dice usted á esto?—preguntó Fernando, recordando con júbilo la palabra empeñada el día anterior por el armero.

—Ese proyectil—dijo éste con aplomo, y re-  
puesto ya de su sorpresa—, no es para mí ninguna novedad. Conozco el arma de que procede.

—¿Cuál?—preguntó Fernando, estupefacto.

—Eso es lo que no puedo decir—contestó flemáticamente Gonzaga.

—¿Por qué?—clamó Fernando, ya iracundo, ante aquella terquedad inaudita.

—Es inútil que usted me lo pregunte. Tengo para ello mis motivos—repuso el armero—y no diré una palabra más.

—Señor Gonzaga—exclamó el magistrado—. Piense usted que es un Juez el que le pregunta, que el silencio en este caso pudiera parecerle compli-

ciudad, y que se vería obligado á proceder contra usted como sospechoso.

—Haga usted lo que guste—respondió friamente Gonzaga.

—¿Es irrevocable su propósito?

—Irrevocable.

El semblante de Fernando se transfiguró. Recobró su calma, su frialdad. Dejó de ser el amante tenaz para trocarse en el juzgador inflexible.

Oprimió el timbre, y se presentó el alguacil.

—Ramón—dijo—: hágase usted cargo de este señor. Queda preso é incomunicado por orden mía.

## VII

Dos atentados más, silenciosos, inexplicables, absurdos, acabaron de difundir por toda la ciudad el terror. Los habitantes, poseídos de un pánico invencible, permanecían todo el tiempo posible en sus casas, preguntándose en vano unos á otros qué fuerza invisible comenzaba á diezmarlos de aquella manera tan cruel. Comenzaron á difundirse los más absurdos y disparatados rumores. Quién aseguraba que se trataba de un plan anarquista; pero al punto era desmentida esta especie, recordando que las víctimas del misterioso y astuto homicida pertenecían á todas las clases sociales, profesaban las más opuestas ideas y aun alguna estaba señalada por la policía como radical anarquista de acción. Además, lo que caracteriza á los ácratas es el odio á toda autoridad, y

hasta entonces, sólo un humilde recaudador había caído bajo la certera puntería del asesino. De ser anarquista, ¿no hubiera buscado más altos personajes para vengar en ellos su disparatada enemiga á la ley y al orden social?

Otros, por el contrario, suponían que los atentados no tenían más objeto que el de atemorizar al pueblo y separar su atención por completo de los altos problemas de Estado. Esta hipótesis era aún más ilógica. Pero el pueblo se aferraba á ella con esa tenacidad que lo lleva en todas las grandes catástrofes á desahogar sus instintos brutales de rebeldía.

No faltaba quien atribuía los crímenes á otra ciudad rival, celosa de la prosperidad de su competidora en industria y comercio. Y por último, alguien explicaba los atentados como un azote de la Providencia, un justo castigo celeste, en vista de los progresos de la impiedad y de la corrupción creciente de las costumbres.

El hecho era que el terror aumentaba. Calles en otro tiempo concurridas, verdaderos centros comerciales, veíanse ahora solitarias. Apenas si algún empleado, obligado á acudir á la oficina, ó algún obrero, distanciado de su taller, se aventuraba á deslizarse á lo largo del muro, mirando con recelo á todas partes, como si temiera de un momento á otro aumentar la lista de los sacrificados por el inflexible enemigo de la humanidad.

A más del instinto de conservación individual, hay en el hombre otro de que sólo en condiciones excepcionales se da cuenta: el de conservación de la especie, más fuerte y avasallador. Es menester que llegue una verdadera calamidad colectiva, una peste, un naufragio, un terremoto, para que asome ese instinto feroz que debió ensombrecer

las tétricas noches del milenario. La amenaza de un riesgo inminente individual asusta á los hombres mucho menos que otro peligro, aun siendo más remoto, que alcance á toda una muchedumbre. La certeza de haber adquirido una grave enfermedad aguda, espanta menos que la proximidad de una atroz epidemia. Es seguro que cualquier enfermo incurable de tuberculosis, gangrena ó cáncer, experimentaría extraordinaria tribulación si viese una señal en el cielo, tan sorprendente, tan inexplicable, que pudiese anunciar una tremenda catástrofe cósmica para dentro de cincuenta años.

Tres días después de aquel en que fué reducido á prisión Gonzaga, el aspecto de la ciudad era fúnebre y desolado. Interrumpida casi en absoluto la circulación de vehículos, parejas de guardias á caballo patrullaban por las avenidas desiertas. En los ángulos de algunos edificios habían aparecido pasquines excitando al pueblo á la venganza. Pero ¿contra quién? Al filo de las diez un grupo de trabajadores ebrios apareció enarbolando un lienzo en el cual se leía en toscos caracteres: *¡Justicia contra los asesinos!* Poco á poco el grupo fué engrosando, y muchos pálidos semblantes aparecieron tras los cristales de los balcones para mirar á la turba valerosa que se atrevía á desafiar la furia inaudita del exterminador invisible y á exponerse á ser blanco de la bala fría.

Al frente del grupo iban unos cuantos hombres desarrapados, vociferantes y saturados de alcohol; los seguían gentes de todas condiciones, en las cuales predominaban obreros exaltados, dispuestos á tomar, si caía en sus manos, cruenta venganza del traidor homicida. Así recorrieron varias calles, gritando, ignorantes á punto fijo de lo que gritaban,

amenazando sin saber á quién, en espera de una víctima á quien sacrificar, que no debía tardar en presentarse, porque cuando la turba olfatea la sangre, le es menester á toda costa una presa. Si Santerre no hubiera encontrado en su prisión al Capeto, la turba hubiera guillotinado á Clery, ó tal vez al verdugo Sansom. El jacobinismo no tuvo jamás otro sentido.

En los momentos en que la muchedumbre desembocaba en uno de los más amplios *boulevares*, apareció en su extremo, tímido, cauteloso, sofocado por el peso de su abultado abdomen, el alguacil Salvador Apremio. No necesitó sino divisar á la turba aulladora para comprender que le amenazaba un gran peligro, y echó á correr en dirección contraria. Su aturdimiento lo perdió. Indiferente, tranquilo, hubiera podido pasar tal vez junto al grupo sin despertar sospechas. Fugitivo, llamó la atención de los exaltados de la vanguardia.

—¡Un hombre que corre!—gritó una vieja arpía de las que jamás faltan cuando se celebra un Corpus sangriento—. ¡Detenedlo!

—¡El es, el asesino!—aulló una garganta enronquecida por el alcohol.

La persecución se inició. Salvador Apremio comprendió que estaba perdido, y aceleró cuanto pudo su marcha. Desgraciadamente, era para ello invencible obstáculo su obesidad. La bandada se le echó encima, y antes de que pudiera refugiarse en las arcadas de la Casa Consistorial, fué alcanzado, golpeado y pisoteado por los perseguidores más ágiles.

—¡Registrarlo!—clamó la vieja insidiosa, implacable—. ¡Debe llevar sobre sí el arma!

Un hombretón fornido, á cuya cintura se ajustaba un delantal rayado de cortador, se encargó

del escrupuloso escrutinio. De los bolsillos del acongojado alguacil fueron saliendo papeles, monedas de cobre, cigarrillos medio deshechos, lápices y migas de pan. Por fin, del bolsillo de su americana sacó el carnicero un objeto y lo alzó sobre su cabeza con aire de triunfo. Era una diminuta pistola de fulminante, inofensivo juguete de niño, que la turba miró, desde luego, primero con espanto y luego con ira, como si fuera el arma terrible dispuesta á sembrar en su fila el exterminio.

—¡Este es el asesino; muera!—clamaron cien voces.

En vano el misero alegó que el arma inofensiva era un juguete destinado á su nieto. Inútilmente clamó indulgencia. Cien brazos se alzaron para golpearle, y uno más nervudo y aleve descargó sobre su ancho pescuezo de rumiante un puñetazo violento y feroz.

—¡Misericordia!—balbució Salvador cayendo de rodillas.

Nadie tuvo piedad. En un instante el cuerpo del desgraciado auxiliar recibió innumerables golpes. La muchedumbre quería más: quería el lynchamiento. Alguien trajo una cuerda y se dispuso á arrojarla á su cuello.

La maldad se hubiera realizado á no fulminar una voz extentórea y frenética una nueva amenaza:

—¡Los armeros! ¡Vamos á los armeros!

Había renacido el salvaje valor en la plebe, y el grupo de manifestantes pasaba de tres mil. Por todas las bocacalles afluan avalanchas de des-harrapados, de vagabundos, de mendigos. Sólo en un día de motín puede calcularse cuánta es la hez que se deposita en los inmundos y lóbregos suburbios de una gran ciudad.

No estaba muy lejos la tienda de Gonzaga. Como

movida por un resorte, la masa compacta de amotinados se encaminó á la tienda, cerrada á la sazón. Preso el armero, su hija no se había sentido con ánimos para regentar el comercio y había dispuesto su clausura.

Tres grandes cortinones metálicos cerraban las suntuosas vitrinas. Encima, sobre una amplia y sólida muestra de roble, destacábase en áureas letras románicas esta leyenda:

GONZAGA, ARMERO

Y debajo, circundando un escudo:

PROVEEDOR DE S. M.

Una vez frente al edificio, la muchedumbre se detuvo un momento, como ignorando lo que debía hacer. De pronto, una piedra partió del grupo y fué á retumbar con ruidoso golpe sobre una de las cortinas metálicas.

Fué aquella la señal del ataque. La turba, provista de piedras de una obra cercana, comenzó á arrojar sobre la tienda de Gonzaga una granizada de proyectiles.

—¡Fuego! ¡Prendedla fuego!—rugió una garganta iracunda.

Y los más próximos á las puertas comenzaron á amontonar junto á ellas papeles y astillas. Tres ó cuatro rapaces (la niñez es cruel) se encargaron de traer alquitrán ó petróleo.

Pero, en aquel momento, el cortador ocupado en preparar la futura hoguera, cayó de bruces como electrocutado. Hubo un momento de estupor. Como de costumbre, no se había sentido detonación en parte alguna que denunciara al homicida anónimo.

Los más cercanos á la víctima lanzaron un grito que trócese en murmullo y repercutió por toda la plaza. Inmediatamente otros dos hombres rodaron por el suelo alcanzados por los proyectiles del sér fantástico que disparaba sobre la multitud á mansalva.

Comenzó al punto la dispersión. Una vez iniciada, tardó breves instantes en convertirse en vergonzosa fuga. Por todas las calles afluentes precipitóse la avalancha humana lanzando gritos de terror, atropellándose ciega de pánico, como una piara de bisontes á que sorprende el huracán en la Pampa.

Y así fué dispersándose el tropel y despejándose la plaza, sombría bajo un cielo plomizo, hasta quedar desierta y abandonada cual la de una ciudad á cuyos habitantes hubiera hecho emigrar despavoridos la amenaza del fuego de un volcán.

## VIII

Iba á terminar aquel día la lección de *Ética social*. El profesor afirmó en la nariz sus anteojos, tosió ligeramente y dijo á los contados discípulos que habían tenido el extraordinario valor de acudir á escucharle:

«Mañana, queridos discípulos, será declarado en la ciudad el estado de guerra y me será imposible hablaros del acontecimiento maravilloso que á la población preocupa. Se dice que un hombre ha inventado un arma tan misteriosa y tan terrible,

que con ella puede asesinar á quien le parezca á mansalva, y con este motivo se hacen por todas partes las más lúgubres profecías acerca del orden social, del Estado y también de la humanidad misma. No pocas gentes se preguntan si no están próximos los tiempos en que el mundo perecerá á manos de la ciencia y en que tendrá realización inmediata la paradoja bíblica del árbol del bien y del mal.

»Realmente, no era menester el descubrimiento de esa arma mortífera para que la humanidad estuviese amenazada por su propia investigación. Dado el adelanto de las ciencias, es seguro que dentro de muy pocos lustros será posible á cualquier malvado disponer de la vida de sus semejantes y aniquilar á las razas que pueblan el planeta sin que los gobiernos ni las academias, ni los hombres de buena voluntad encuentren manera de evitarlo.

»Pensad en los adelantos de la bacteriología y decidme si no creéis que puede llegar un momento en que será posible almacenar los gérmenes de la peste bubónica, del cólera ó de la tuberculosis en una pequeña esfera de algunos milímetros de diámetro y hacerlos estallar en medio de la ciudad más floreciente, sembrando en ella la muerte y la desolación. En vano el Estado acordará medidas de represión; inútilmente los sociólogos dirán que la lucha por el Derecho no puede tener el alcance que le da Von Jhering y que á toda lucha debe preceder, como afirma Cimbali, el principio de la *Aritmética social*. Siendo como es verdad que el hombre es lobo para el hombre, cualquier desalmado podrá vengar con la destrucción del Estado el menor agravio cometido por los agentes del poder público.

»Un pueblo, cada uno de cuyos individuos pu-

diera fabricarse armas mortíferas é invisibles, no se diferenciaría gran cosa de las primitivas sociedades salvajes. Es enteramente superior á la Naturaleza humana pretender que del consorcio civilizado desaparezcan las pretensiones más allá de lo justo. Siempre habrá criminales. Ahora bien: ¿obra piadosamente la ciencia al poner en sus manos el medio de realizar sus criminales y viles propósitos?

»¿Para qué ha servido la Química á los industriales de mala fe? Para sofisticar, adulterar y envenenar los alimentos que ingerimos. Por muchas víctimas que pueda hacer un arma invisible no emulará en crueldad á ese horrible atentado de los mercaderes sin conciencia á la salud de los ancianos, de los niños y de los débiles. El ochenta por ciento de las enfermedades tienen su origen en la ingestión de alimentos adulterados, cuya fabricación no hay medio racional de impedir. Ved aquí un resultado funesto de la divulgación de la ciencia.

»No hablemos de la facilidad con que se fabrican los explosivos, que ha motivado ya en todas las naciones que se llaman cultas leyes extraordinarias de represión. ¿Es, acaso, menos funesta la fabricación de ideas disolventes y de instintos brutales? Si un día se consiguiese emponzoñar el mar, ¿se habría hecho más daño á la humanidad que aquel en que se consiguió entenebrecer la inmensidad del cielo?

»Seguramente me oiréis con asombro. Pues bien: tranquilizáos, amigos míos. Todas estas ideas que os he expuesto no son las mías. Son las de los enemigos de la cultura. La ciencia no es mala, el saber no es funesto, el progreso no puede ser fatal á la vida y al bienestar de los hombres. Ningún descubrimiento merece ser abominado, porque él trae

para la humanidad, pese á sus inconvenientes transitorios, un adelanto positivo.

»Todos los adelantos científicos fueron recibidos con alarma y temor, y todos redundaron en beneficio de nuestros semejantes. Escuchad las palabras de Emerson: No ha mucho tiempo que el vapor era uno de los demonios más temidos; toda vasija construida por un alfarero humano tenía un agujero en la tapadera para dejar pasar al enemigo, de miedo que éste no arramblase con vasija, tapadera y aun con el techo de la casa. Pero el marqués de Worcester, Wat y Fulton pensaron que allí donde había poder, debía haber no un diablo sino un Dios, del cual era preciso servirse y no dejar que se evaporase. ¿Tan fácilmente podía levantar vasijas, tapaderas y tejados? Pues aquel era el obrero que buscaban. También se podría echar mano de él para romper cadenas, para domar á otros diablos más recalcitrantes y más dañinos, como leguas cúbicas de tierra, montañas, el peso ó la resistencia del agua, las máquinas y el trabajo de todos los hombres del mundo. El temido vapor alargaría el tiempo y reduciría el espacio.

»Terror, espanto, produjeron la imprenta, la pólvora, la electricidad, el magnetismo. En poder de un solo hombre hubieran podido ser armas terribles; pero el genio jamás es egoísta: lega á todos la labor de uno solo, y así, lo que pudiera ser causa de opresión, esclavitud y miseria es, á la postre, propulsor de adelanto, de riqueza y de redención.

»Absurdo sería abominar de la Química, que tantos beneficios produce, porque puede servir á la codicia de unos cuantos. ¿No es más cuerdo poner en consonancia la moral con el interés y procurar, amenguando su importancia en el mundo, que no sea el dinero el único valor codiciable?

»Siempre que un nuevo descubrimiento viene á alterar las condiciones de nuestra vida, vemos sólo sus aplicaciones absurdas, y pensando en la honda transformación que acarrea, nos decimos atribulados: «¡Así no podremos vivir!» Pero la vida es inextinguible. Vengan enhorabuena inventos y transformaciones; la humanidad se encargará de aplicarlas en su provecho. Y nosotros, si no podemos vivir así, viviremos de otra manera».

Calló el profesor, quitóse los anteojos, los se-  
pultó en su estuche de piel, y alzándose de su  
amplio sillón conventual, dijo con voz tranquila á  
los alumnos:

—Pueden ustedes retirarse.

## IX

Cuatro días hacía que Fernando no veía á su padre; absorbido por todo género de preocupaciones, ocupado largas horas en la instrucción del embarazoso proceso, apenas si había entrado en su casa sino para dormir breves horas. La declaración del estado de guerra y suspensión consiguiente de garantías, lo eximió de tan ruda tarea. Se apresuró, pues, gozoso á hacer entrega de lo actuado á la autoridad militar, no sin acordar antes algo que le pareció justo y urgente: el sobresseimiento libre de Gonzaga y de Eustaquio.

Los últimos delitos habían puesto de manifiesto la inocencia de ambos. Incomunicados como estaban, no habían podido ponerse de acuerdo con per-

sona alguna. Por otra parte, para Fernando era evidente que la extraña actitud de Gonzaga sólo reconocía una causa: el firme propósito de negarle la mano de María Teresa, y para ello, de reconocer su ignorancia en lo referente á la bala fría.

Una vez libre del proceso, Fernando preguntó por su padre. Su vida era cual nunca extraña. Fuera por temor á los atentados ó por absurda misantropía, pasaba la mayor parte de las horas del día encerrado en un sótano, del cual no salía sino para tomar alguna vista instantánea. Precisamente en los momentos en que el Juez preguntó por él, había salido provisto de su imprescindible kodack. Contrariado, decidió salir á su vez y acercarse á la tienda del armero, con objeto de procurarse noticia de la atribulada María Teresa.

Cuando salió á la calle estaba ya mediado el crepúsculo y comenzaban á parpadear sobre sus enhiestos soportes los arcos voltáicos. El aspecto de la población no podía ser más lastimoso y tético. Cerradas todas las puertas, eran contadas las personas que se aventuraban á ambular por las calles con paso inseguro y medroso. La soledad del campo puede ser y es de ordinario melancólica; la de una ciudad, en otro tiempo bulliciosa y jocunda, es siempre abrumadora é inquietante. Parece que una inmensa catástrofe ha aniquilado á sus habitantes, y el espectador experimenta la amargura intensa de todas las grandezas frustradas.

En algunas plazas, destacamentos de soldados de caballería esperaban inmóviles órdenes cuyo alcance nadie podía prever. Se sabía que habían comenzado los registros domiciliarios y que en las Prisiones militares habían sido recluidos varios centenares de individuos tachados de sospechosos.

Fernando temió por la suerte de Gonzaga, cuyas intemperancias de lenguaje pudieran muy bien haber llamado la atención de la policía, bien que nunca se hubieran dirigido realmente contra el orden social, sino en general contra la maldad de los hombres, de los cuales, por otra parte, no tenía motivos para quejarse, contando, como contaba, protectores y amigos en las clases elevadas.

Encaminóse, pues, á casa de Gonzaga, Fernando. Al llegar á la plaza, turbó el silencio el ruido producido por un numeroso grupo de jinetes que se acercaba. Era el Capitán general en persona quien, á la cabeza de su Estado Mayor, recorría valerosamente los destacamentos, decidido á inspeccionar por sí mismo el buen ánimo y disciplina de sus tropas. Fernando se detuvo, y casi á un mismo tiempo pudo divisar en los ángulos más oscuros de la plaza, y medio ocultos en los soportales, á dos personas, únicas que con él se preparaban á contemplar el marcial desfile. Una era un hombre vestido de americana, cuyo semblante ocultaban las alas caídas de un sombrero flexible, y en cuyas manos aparecía un pequeño bulto, cuya cualidad no fué posible al Juez distinguir. La otra le fué reconocida al punto, y una exclamación de alegría se escapó de su pecho al verla. No cabía duda, era María Teresa.

Ella le vió también y le saludó risueña, agitando su mano enguantada. Sin duda le había visto desde el balcón y se había apresurado á salir á su encuentro para comunicarle alguna interesante noticia. Aun hizo ademán de querer cruzar la plaza y de dudar ante la proximidad del Capitán general y su escolta. Por fin se decidió y partió en dirección á Fernando, en el mismo momento en que pasaba el jefe militar. Este volvió el torso para

contemplar á la joven, y hubo un momento en que el vestido de María Teresa pasó rozándole los estribos.

Y entonces pasó algo inaudito. Fernando vió al hombre misterioso avanzar un paso en la sombra de las arcadas y agitar en sus manos un objeto. Instantáneamente María Teresa cayó herida ó muerta á los pies del caballo del general. Lanzó un rugido el enamorado y acudió á socorrerla. Pero entonces vió huir al miserable, y antes de saber si su prometida vivía aún, sólo pensó en algo que venció á todos los demás sentimientos en su alma iracunda: en la venganza. Corrió como un desesperado bajo los soportales y se perdió tras el desconocido por una lóbrega y angosta calleja. Era tiempo de hacerlo, si no por furor, por instinto, porque un grupo de coraceros, con el sable desenvainado, lanzóse en persecución de ambos.

Era sobrado angosto el callejón y su suelo demasiado húmedo y pendiente. Resbaló el caballo del soldado que iba delante y dió con su cuerpo y su jinete en tierra. Esto hizo detenerse al grupo, y Fernando y el desconocido pudieron huir, no sin sentir detrás el ruido formidable de una descarga.

A partir de aquel supremo momento la persecución se hizo tenaz, encarnizada, implacable. Uno tras otro recorrieron calles y plazas solitarias. Y el desconocido sacaba ventaja á su perseguidor, porque Fernando, acongojado por el dolor de haber visto caer herida, acaso muerta, á María Teresa, se detuvo más de una vez falto de aliento, para procurar contener, con la nerviosa presión de su mano los latidos de su corazón.

Y así llegaron, ¡quién lo diría!, á la casa misma de Fernando, quien tuvo un horrible presentimiento. El asesino sacó una llave del bolsillo y abrió

la puerta, que cerró, una vez que hubo entrado, tras sí. El joven, en su aturdimiento, tardó en encontrar en su bolsillo la llave. Por fin logró hallarla y pudo precipitarse, á su vez, en el obscuro y temeroso portal.

Un sudor de agonía corrió por su frente. Sus pies acababan de tropezar con algo blando. Encendió luz y dió un grito de terror, de espanto, de angustia infinita. El bulto que tenía á sus pies era el cuerpo insensible y rígido de su padre.

## X

La opinión del doctor llamado para asistir á don Leopoldo Neira, no pudo ser más pesimista. El viejo profesor había sido herido, indudablemente, por la llamada bala fría. Pasados dos días, durante los cuales se hicieron inútiles esfuerzos para extraer el proyectil, se pudo averiguar, merced á la aplicación de los rayos X, que aquél había penetrado en la parte superior de la región torácica por debajo de la clavícula, y había ido á alojarse junto á la aorta, precisamente entre las inserciones de la subclavia y del tronco braquiocefálico. El pronóstico fué, pues, desesperado, puesto que iniciada ya una aneurisma, no había esperanza de poder operar en la base misma del sistema arterial. El enfermo, libre ya del primer colapso, padecía intensísima fiebre. Cinco días transcurrieron en esta situación angustiosa para Fernando, quien sentía que

en su interior reñían incruenta, pero ruda batalla, los más encontrados afectos.

Al sexto día sintióse el enfermo bastante mejorado. Hizo llamar á su hijo y éste acudió á sentarse á su cabecera turbado, cabizbajo, temeroso de sí mismo en esta penosa entrevista, en que debía luchar su afecto filial con su horror á un asesino sin precedente.

Tardó don Leopoldo en decidirse á hablar, y por fin lo hizo con la mayor fatiga. Sus ojos, hundidos, tenían una expresión suplicante que conmovió á Fernando, y le inspiró profunda piedad.

—Fernando—le dijo el enfermo—, es muy poco lo que he de poder hablar; yo te pido que me escuches con paciencia y silencio, y ante todo, imploro de tu cariño que me perdones.

Fernando bajó la cabeza y dudó un instante. Pronto volvió á alzarla, estrechó la mano de su progenitor, y le dijo con lágrimas en los ojos:

—Hable usted, padre.

—Soy un criminal, hijo mío—siguió don Leopoldo con voz fatigosa—, pero mis intenciones han sido nobles. He pretendido castigar á los malos, hacer en el mundo las veces de la Providencia, y he comprendido, aunque muy tarde, que ningún mortal tiene derecho á hacerlo sin merecer el más pronto y tremendo de los castigos.

Voy á decirte en breves palabras cómo he caído en tan odiosa depravación. Ya sabes que hace un año los médicos me aconsejaron que pidiese mi jubilación, por observar en mí síntomas acentuados de neurastenia. Fuera esa ó no mi enfermedad, ello es que me hice triste y misántropo. Di en entristecerme por todas las iniquidades de que era testigo, y pronto caí en una especie de absurda y necia monomanía: la de creer que desempeñaría

un alto papel y realizaría un designio providencial quien se encargara de castigar á los malvados rápidamente y sin forma de juicio.

Por una asociación natural de ideas, fui llevado á pensar que, quien dispusiera de un arma invisible y mortifera, podría gozar el supremo placer de los dioses: el de reparar la injusticia. Y me figuré en posesión de un arma semejante, dictando fallos inapelables y ejecutándolos sin misericordia.

Ahora bien; ¿cuál sería aquel arma? Yo no era anarquista, ni mi objeto era combatir al Estado, ni mucho menos exterminar inocentes. Así, renuncié á todo género de explosivos. Matar criminales aislados: he aquí lo que constituía mi anhelo; y matarlos sin ser descubierto jamás.

En este estado de ánimo, visité la actual Exposición franco-británica de Londres. ¡Cuál no fué mi alegría al ver la nueva carabina Giffart! Tiene la apariencia de un arma ordinaria, pero bajo el cañón se coloca un tubo almacén que viene á insertarse en la culata. Este tubo, herméticamente cerrado por una válvula, contiene ácido carbónico licuado. Cada vez que el gatillo de la carabina cae, el percusor hace abrir ligeramente la válvula que cierra el tubo, y cierta cantidad de ácido carbónico se escapa de él. Este ácido carbónico, hecho libre, recobra inmediatamente el estado gaseoso con una presión de 32 atmósferas, y no encontrando otra salida que el alma del cañón, proyecta en esta dirección violentamente la bala. Basta reemplazar ésta después de cada tiro para estar dispuesto de nuevo á tirar. Cuando el tubo queda vacío, se le reemplaza por otro nuevo, y el arma funciona inmediatamente.

Compré una carabina de este sistema, y me sorprendió el poco ruido que producía su disparo. In-

mediatamente pensé que si en vez de una carabina se fabricase una pistola minúscula de este sistema, y se redujese el calibre á dos milímetros, la detonación sería insignificante, por prescindirse en este arma de todo explosivo y por ser pequeña la columna de aire que, al salir la bala, habría de precipitarse por el cañón.

Fernando escuchaba á su padre, asombrado, sin atreverse á pestañear.

—Tardé poco en madurar mi proyecto—siguió el profesor con visible fatiga—. Yo tenía en Lieja un amigo armero: Kelboeuf, al cual remití el arma, diciéndole que le rogaba encarecidamente que me fabricara otra, cuyo diseño le acompañaba; que se tratara de perfeccionar un invento, y que le hacía participe en la patente. Después de seis meses y de vencer dificultades enormes, Kelboeuf me envió terminada el arma, y lo que aun era más importante: con más de quinientos proyectiles y cien tubos llenos de anhídrico carbónico líquido.

Bajé impaciente al sótano, y probé la pistola con el ansia febril de un verdadero descubridor. Mi decepción fué enorme. Ciertamente, el ruido de la detonación era ya casi imperceptible y análogo al del disparador de una máquina fotográfica. Pero la bala salía del cañón con muy escasa fuerza y no pudo taladrar una débil cartulina á seis pasos. Comprendí que había debido preverlo. La cantidad de vapor que se formara en el recipiente debía de ser tanto menor cuanto fuera el espacio vacío; pues siendo grande, la energía calorífica propia del líquido, aun cuando sea débil la tensión para desprender vapor, vence la que opone el que se ha formado; pero si es pequeño, llega un momento en que se equilibran estas dos fuerzas y deja de formarse vapor, por hallarse el recinto saturado.

Un universo pareció desprenderse á mis pies. Sentí la tortura del vencimiento. Pero, de pronto, una idea luminosa pasó por mi cerebro. Si el ácido carbónico líquido no tenía suficiente fuerza expansiva, ¿por qué no había de tenerla otro gas? Subí á mi habitación, corrí á la pizarra y escribí la fórmula de la velocidad de los gases:

$$V_0 = 485 \sqrt{\frac{I}{D}}$$

De donde, representando  $D$  la densidad del gas á  $t$  grados y la velocidad  $V_t$ ,

$$V_t = V_0 \sqrt{\frac{273 + t}{273}}$$

No faltaba sino determinar un gas, cuya velocidad, á la temperatura ordinaria, cumpliera la ecuación, dada la velocidad calculada. En términos categóricos: necesitaba encontrar un gas que recobrar su estado gaseoso, con más de sesenta atmósferas de presión.

Fernando escuchaba á su padre, estupefacto, como si oyera un relato de Wells ó un cuento de *Las mil y una noches*.

—Encontrar ese gas; pero ¿dónde?—siguió el herido—. Casi en el mayor abatimiento encerré en el sótano arma y municiones, y salí. Era una tarde bochornosa. Llegué hasta un jardín solitario, y me senté en un banco cerca de una laguna cuyas aguas desprendían un olor insoportable, mefítico. Pensé de qué manera la ignorancia y dejadez de los hombres hacía posible la difusión de gérmenes mortales... Y estaba resuelto: no volvería á entrar en

el laboratorio sin haber encontrado el agente homicida. De pronto me di una palmada en la frente: el gas misterioso estaba en mi poder.

El viejo profesor se interrumpió para recobrar fuerzas en un breve descanso.

Su hijo inclinó la cabeza sobre el pecho, asombrado de tanta iniquidad.

—Me consagré desde entonces en cuerpo y alma—continuó el infeliz perturbado, pasados que fueron algunos minutos—á producir y licuar el gas asesino. Al fin lo conseguí. ¿Cuál fué al cabo? No he de decirlo. Quiero que mi secreto muera conmigo, y que jamás pueda ser utilizado por los enemigos de la sociedad. Inútil será que se busque; sólo una verdadera casualidad puede hacer que se encierre en los tubos, y después de encerrado que pueda utilizarse. Pero he jurado no decir cuál ha sido éste, y no lo diré.

Una vez terminada la operación, volví á practicar pruebas, y el resultado fué sorprendente. Podía atravesar á un hombre á veinte pasos. Mi arma era ya segura é infalible.

Me faltaba disimularla; para ello la encerré, sujeta por soportes, dentro de una pequeña cámara fotográfica. El cañón hacía las veces de objetivo; el cristal enfocador me facilitaba la puntería, y el disparador, combinado con el gatillo, justificaba el pequeño ruido.

Mi primera víctima fué un usurero. Repito que mi propósito no era sembrar la alarma ni perturbar el orden social. Antes al contrario, me proponía ser un firme auxiliar de la justicia humana. El resultado fué contraproducente. A cada nuevo crimen era mayor la alarma. Yo llegué á padecer el vértigo homicida, y concluí por herir sin discreción ni juicio. La sociedad, á la cual deseaba regenerar

tar, había perdido la tranquilidad. Comprendí, aunque tarde, que á quien yo favorecía era á sus enemigos, y que el remordimiento me hacía la vida insoportable. En estas condiciones de angustia y sobresaltado, maté, sin querer, á tu prometida.

—No fué muerta—interrumpió Fernando—sino levemente herida en un brazo. La suerte quiso preservarme de ese nuevo tormento.

—¡Lorada sea la Suprema Justicia!—murmuró el homicida—. ¡Ese remordimiento menos me llevaré á la sepultura! Vi que me perseguías, sentí un golpe en la espalda, y aterrado de mi obra funesta y avergonzado ante la perspectiva de tus reproches, huí. Sentí que perdía el conocimiento, y después no sé el tiempo que he permanecido en un estado de aletargamiento inconsciente. Una vez vuelto á la razón, he querido descargar mi conciencia y abominar ante ti de mi absurda barbarie.

Lloroso, conturbado, Fernando besó al desdichado en la frente, murmurando:

—No es un hijo el llamado á juzgar las culpas del padre. Duerma usted tranquilo.

Y el viejo, confortado por aquel esperado consuelo, volvió á apoyar la cabeza en la almohada y cerró los ojos, mientras sus labios balbucian:

—¡No toquéis á la obra de Dios!

## XII

El final de esta historia es tan sorprendente y además tan inverosímil, que quien la refiere debiera darla aquí por conclusa y finiquitada. La conciencia del narrador le exige, sin embargo, contársela al lector como á él se la contaron, reservándole su perfecto derecho al juicio y la censura.

Ello es que quince días después de los sucesos que van referidos, Fernando estaba en la tienda de Gonzaga con el armero y María y Teresa, quien se hallaba curada por completo de la herida levísima que había recibido en un brazo. Por primera vez, después de la muerte de su padre, el Juez se había decidido á salir á la calle.

Su primera visita fué para el armero y su hija, á los cuales decidió contar las terribles palabras que don Leopoldo pronunció tres días antes de morir.

Hija y padre le escucharon con religioso silencio. Al final, sorprendió extraordinariamente al joven magistrado la irónica expresión de Gonzaga.

—Amigo mío—le dijo éste con absoluta tranquilidad—, la dolencia de su padre de usted es un caso estupendo de monomanía, que no sé si calificar de grandeza ó de persecución, puesto que de ambas participa, aunque es raro que estas dos formas de enajenación se presenten juntas. Todo cuanto á usted le contó, es sencillamente una fantasía que él creía realmente cierta, pero que no

existía en manera alguna fuera de su imaginación.

—¿Qué me dice usted?—exclamó el joven sorprendido.

—Que ni su señor padre de usted inventó arma alguna, ni mató á nadie, ni tenía de qué acusarse. Que los sucesos últimos lo trastornaron, y dueño como era de una cultura formidable, se forjó un delirio que pudo tener todas las apariencias de verdad; pero que no pasó de ser una estupenda y rara locura.

—¿Tan lógica? ¿Tan verosímil?—insistió Fernando estupefacto.

—Como otras muchas, llena de la razón de la sin razón—siguió el armero—. ¿No se han visto casos sorprendentes en que los locos razonan y discurren como personas cuerdas, y sin embargo, cuanto dicen carece en absoluto de fundamento?

—¿Y cómo me demuestra usted que cuanto contó mi padre fué un delirio?—dijo Fernando asombrado hasta el último límite.

—Va usted á verlo—contestó Gonzaga—. Ante todo, don Leopoldó se acusó de haber asesinado á varias personas. ¿No es cierto?

El joven asintió.

—Pues bien—siguió el armero—; ninguna, absolutamente ninguna de las personas heridas por la llamada bala fría ha muerto.

—¿Qué dice usted?

—Que todas están vivas y sanas, porque el proyectil era muy pequeño y no había atravesado órgano alguno calificado por los médicos de importante.

El magistrado escuchaba á Gonzaga atónito.

—En segundo lugar—siguió éste—, cuando su padre de usted cayó en el portal, dejó á su lado la

cámara fotográfica, que fué recogida por un sirviente. Y era, no lo dude usted, una verdadera y auténtica cámara polar, con objetivo Zeiss, y por consiguiente, inofensiva. En cuanto á su muerte, no fué producida, como usted creyó, por la bala fría, sino por un proyectil de Maüsser que recibió en el pecho, sin duda al huir y volverse á mirar á sus perseguidores. Este detalle todavía no se lo han dicho á usted los médicos por haber caído usted desde el primer momento en un abatimiento muy peligroso.

—Es verdad—interrumpió Fernando—que al huir de la plaza nos hizo una descarga la fuerza pública.

—Por último—continuó impasible Gonzaga—, todo eso del gas de los pantanos es una ilusión irrealizable. El supuesto invento es una fábula bien urdida, pero que no tiene pies ni cabeza. La fuerza expansiva del carburo tetrahídrico ó gas de los pantanos, allá se va con la del anhídrico carbónico, como carburo que es, y no es suficiente á producir la velocidad que su señor padre calculaba. ¿Cree usted, además, tan fácil que su padre de usted pudiera licuarlo en su casa y que hubiera armeros en Lieja que le hicieran armas nuevas nada menos que con quinientos proyectiles? Desde el primer momento debió usted comprender que se trataba de una novela y no de una serie de hechos ciertos y comprobados.

—¿Pero qué interés podía guiar á mi padre—preguntó el joven, que sentía renacer hacia él en su alma ingenua la veneración y el respeto—al inventar en circunstancias tan solemnes, puesto que sólo las sobrevivió unos tres días, tan extraña fábula?

—¿Interés?—contestó Gonzaga—. Ninguno. El

decía lo que sentía. Pero no creo ultrajar su memoria al afirmar resueltamente que estaba loco y que confundía los datos de su extraordinaria cultura con las sensaciones recibidas y sus tremendas alucinaciones.

Fernando miró desconcertado á María Teresa.

Esta le miró compasiva y movió la cabeza como diciendo:

—Sí, amigo mío, sí.

Hubo una pausa, tras la cual Fernando se dió una palmada en la frente.

—¿Y el proyectil?—dijo—. ¿Y la bala fría?

Gonzaga sonrió; sacó del bolsillo una pequeña esfera de plomo y la puso sobre el mostrador.

—El proyectil... aquí lo tiene usted.

Fernando le miró con ojos absortos é inexpressivos.

—Esta es—dijo el armero—la bala fría extraída del brazo de María Teresa. Y ¿sabe usted lo que es ese famoso proyectil que ha sido capaz de desconcertar á un Juez como usted y á un maestro armero como yo, después de sembrar en una población la alarma? Pues es sencillamente—añadió alzando la esfera en sus dedos con aire de triunfo—un miserable perdigón, lo bastante grueso para traspasar la garganta á un hombre cuando es disparado con pólvora sin humo por un vulgar bastón escopeta.

—¿Y ese bastón?...—dijo el juez atónito.

—Ese bastón era disparado desde el balcón por un imbécil que vivía aquí mismo, encima de nosotros, y el cual ha sido sorprendido anteayer en su estúpida y criminal tarea y recluso en un manicomio. No extraño que siendo débil el disparo no se oyera desde la plaza, sobre todo en momentos de agitación. Ya ve usted cómo no hubo tal bala fría, ni el pobre don Leopoldo, convencido en su

triste locura de que asesinaba á las gentes con su máquina fotográfica, tenía motivo para acusarse.

—¿Pero un bastón-escopeta tiene ese calibre?—insistió el joven sin acabar de convencerse.

—No lo tiene—dijo entonces María Teresa, demostrando á su vez su experiencia en lo concerniente á la armería—. Los más pequeños cargan cinco milímetros, aunque tienen extraordinaria impulsión; pero nada impide á un idiota quitar los balines de los cartuchos y meter en ellos gruesos perdigones, sujetándolos con un papel. Ahora comprenderás por qué todos los heridos lo fueron precisamente á pocos metros de nuestra puerta.

—Pero mi padre—murmuró Fernando—, ¡tan serio, tan incapaz de mentir!...

—Repito—insistió el armero—que su padre de usted estaba loco y que, bajo la influencia de su alucinación, confundía proyectos con realidades y datos exactos con soñadas y absurdas fantasías. Si hubiera usted asistido á alienados hubiera visto casos harto más sorprendentes.

—Y ahora—dijo el joven magistrado confuso—yo debo á su memoria reparación, respeto...

—Nada más natural—contestó Gonzaga—. El pobre no tenía la culpa de su enfermedad. Y yo, por mi parte—continuó con acento afectuoso—, debo á usted una reparación también. Prometí á usted la mano de mi hija si demostraba mi ignorancia. Yo se la doy á usted, puesto que he confundido una bala de guerra con un perdigón.

Fernando le abrazó conmovido. Después, volviéndose á María Teresa:

—Yo te prometo hacerte feliz—dijo—y no olvidar que, aun en las locuras de mi antecesor, había enseñanzas.

—¡Ya lo creo!—dijo la joven estrechando sus

manos—. Y no es la más pequeña que no debemos erigirnos en jueces de la conducta de los demás, ni menos usurpar su papel á la Providencia. Todo intento de violencia es criminal, y es por el amor como es preciso mejorar la condición de los humildes.

—El lo ha dicho—contestó Fernando—. ¡No toquéis á la obra de Dios!

—Y aun pudo añadir—continuó Gonzaga, volviéndose hacia su querido museo—: ¡No envilezcáis la obra de los hombres, que es vida, y es regeneración, y es esperanza!



## INDICE

	Págs.
La maldita culpa. . . . .	5
Cómo delinquen los viejos. . . . .	65
La princesita de Pan y Miel. . . . .	121
La bala fría. . . . .	177